

1990

## Liebe/querida; Rezar en Roma

Magali Alabau

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Alabau, Magali (Primavera 1990) "Liebe/querida; Rezar en Roma," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 31, Article 19.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss31/19>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

**MAGALI ALABAU**

**LIEBE/QUERIDA**

He traspasado el umbral y llego a unas ruinas donde siento la nada que es soledad de los muertos. Llamaron a las dos: Mi madre está muerta. **Está.** Una palabra de los que viven. Hace dos días hablé con ella. Ha muerto. Imagino su cuarto. Su cuarto es como el mío y yo también me escapo en los sueños. Cuántas veces no me he dormido pensando, mil horas, no despertar, no enterarme de la ventana y su gris hiriente. Traspasa mis lágrimas la lluvia. Mueven las gotas mis vendas y mis ataduras. Cuántas veces he mirado el gris y me he convertido en sal. He visto las rasgaduras en el gris, el gris oscuro, el gris lagarto, el gris de la piedra tenderse frente a mi. Y, ahora, estás gris en la cama y debajo de la tapa de un ataúd. ¿Cuándo fue que abandonaste el escenario? ¿cuál fue la frontera? ¿el horizonte, el traslado al otro mundo? Cuéntame, amiga. Se me ha dado el don de hablar con los muertos. En sus filas me he metido. Como buena catadora he tomado sus manos y he abierto sus ojos al camino. Todos llegan con ojos apagados. No sé si de dolor o si por un terror no articulado o el desdén por la vida no saciada. Son mendigos, verdugos envilecidos en la muerte, perdidos niños que no conocieron el abrazo de la madre. Madre, nos manchaste. Fiera que a unos hijos alimentas y bañas en saliva y a otros tuerces y botas al cemento. Sostienes con tono de ira a tu hija, a tu hijo, a tus vírgenes siniestros.

Mis senos tienen leche tierna, pintados de blanco echan semen que acoge, te amo, nunca nos hemos encontrado. Las copas para tus labios pálidos, grises famélicos han recorrido las estrecheces del mundo. Tus ojos de vaca, de toro sin sangre, sacrificados en un ritual de antepasados se posan en ellas. Soy tu amiga y has entrado en mi espacio, en mis ruinas, a decirnos cuanto cuesta vivir.

El viernes fue el entierro. Leo tu esquela. Comienza tu relato.

La tierra se alegra con las cintas y las flores.  
Amasijo de cal ahumada que pronto se convierte en boca.  
Siempre recuerdo la última morada.  
Sólos, en sus cajas, dejan de ser novios.  
Anonadados esperaban los bajasen.  
Escalones, manteles blancos mojados,  
seres ensanchados,  
rotas pupilas cuajadas de carne.  
Tengo la capacidad de invocar pero no de mantenerte.  
No eres ya presencia. Socavas, viajas.  
No hay trama que endurezca tu rostro  
ni el aire necesitas, eres aire y algo más.  
¿No ves? lo decía, **todo** es donde se encuentra lo soñado,  
lo esperado, las imágenes perfectas.  
Te presentas joven y confiesas que quieres quedarte.  
¿Ha llamado Roland? ¿Ha llamado?  
Hablemos de los momentos antes de la muerte. ¿Cómo es tu casa?  
Nunca he entrado pero quizás pueda imaginarla.  
No te atreves a invitarme. Después de todo soy otra mujer.  
Estamos al borde, al borde.  
En el jardín dejas tu pelo,  
dejas calmarte.  
¿A quién besaste en esas últimas horas?  
¿Quién susurró? ¿Quién tuvo un buen recuerdo?  
Una amiga de lejos, alguien que te seguía,  
te regala una historia.  
Soy tu rey, y tú, reina mía.  
Te coronó con el oro que no cuesta a los esclavos que registran  
la tierra. Tu boca sabe a almendra  
sabe a almendra, a flor rosada de pétalos tan blancos.  
Bordes rosas, dame un beso con flores.  
Tu boca tiene palabras que no escucho pero el beso las oye.  
Tu boca es la esencia del almendro,  
la esencia y la madera  
de la piel que corrompe sus olores.  
Cuánta sabiduría hay en un beso, la muerte tuya, un beso.  
No nos hablamos antes. Hay algunos que no somos de este mundo.  
El día que soñaste tu reinado hiciste que todos te vistieran.  
¿Cuál es tu color? El oso sabe su oración,  
su invitación de rey nos toca.  
Diana Perversa espera aún en los árboles  
Perros/Perros/Muerden, vieja cloaca.  
Entran por un momento a defecar, su orine quema. Diana interrumpe

Corta dientes/Los muertos imploran/Los lamentos.

Sra. de los Puentes, Sra. de las Cuevas, Sra. Diana, Atiéndame.

Sra. Diana no me corte los senos.

A Diana le fascinan sus perros. Cara de lobo blanco, cachorro

Fusta/Látigo Capitana/Saboreas la muerte, la sangre helada.

Has entrado a tu fosa.

Siempre es una palabra de argollas que se prenden los hombres  
a los testículos, las mujeres a los vientres.

Siempre te amaré, siempre, siempre serpiente, siempre vientre.

Siempre, palabra bella, cienpiés, cien, cien veces siempre.

Ahora caminamos. Ahora nos despedimos.

Ahora te digo adiós. Ahora ya no existes. Ahora lo aprendí para perderte.

Has pasado el verano, ha pasado la vida, han pasado los años,

han pasado las palabras, han pasado los refugios.

Desnudos nos presentamos al juicio. No hay ningún juicio.

Lo peor es la soledad.

Ví a esos que cargaban palas

en silencio echarse la felicidad en los hombros.

Felicidad, te vas sin decir adiós, ni te conozco.

Van, van, van sin hablar.

Su triunfo es las pertenencias.

¿A quién perteneció esta prenda?

¡Qué caravanas más hermosas!

Dulce asco, derrota del sepulturero. Canjean tu cuerpo

Luz tiene el polvo.

Pero ¿y el polvo?

y, ¿es posible que otros ámbitos existan?

Así, los días que hiciste fueran la afirmación

se esfuman.

¿Donde está el día donde el abrazo no sucumbe?

¿A dónde nos extendemos?

¿Dónde terminar no se pronuncia?

¿Dónde las oraciones no son el accesorio para apaciguar el miedo?

Humano asido a la nada

flotas sin dirección.

Nuestra mente siente. ¿No es un gran milagro?

**REZAR EN ROMA**

Tú y yo somos  
como dos gladiadores en un palacio donde las ventanas son los techos.  
Mi espíritu fue el Romano que dormía en las catacumbas,  
después de enterrar el último mártir de la tarde.  
Tu espíritu, el poco aire que puedo robar al despertarme.

De tu sueño entras a la planicie amiga. Mujer simple,  
en la intemperie, vestida de campesina ninfa, tienes tu honor  
en la montaña.

Tus rasgos ya no existen, la sangre los diluye.  
Te corrompes. Si abriésemos tu caja, con horror  
esconderíamos el ser ante un principio del Maligno.  
Las manos de carroña. Mamá, besé tu mano.  
Me cuidaste con tu mano vendada, me pusiste con ella tut teta  
en mis labios.

Pútrida escondes el regazo.

Aquí Anny entra a la diestra de Dios Madre, Dios Qué Importa,  
La Reina De Vientre Pequeño, que nos lleva, que nos lleva en las piernas  
y luego nos derrumba entre los animales.

Apareces, te invoco, Misterio de Muerte, te invoco.

Ven, que tu piel se quema en mis miradas.

Naciste en la tierra. Te llamas un nombre, tu sexo es interno,  
una concha marina, un promontorio con forma de corazón.  
Parturienta la madre mira a su espectro. Tú, sombra, eres mía.  
Alguien habla de esos momentos que descubrí.

El peligro, detrás de las piernas, detrás de los cuchillos.

Descansa, fresca es la muerte, reina madre de la noche.

Te pones la corona Madre de la Noche Eternidad.

Negra aurora con tu hijo, amiga, súmame al paisaje.

Te traje a cambio de nada. Escrutinizas al gato, a unos años.

Late poema memoria duermes por las noches a mi lado.

Comprendes que me duele verte muerta.

Nos acompañamos en mi canto. Quisiera, Quisieras.

Yo no puedo vivir, pero tú me pides que vuelva,

esperando el momento que no llega,

porque yo quisiera,

porque yo quisiera perfilar tu muerte.

¿Quién se acuerda de los muertos tirados en sacos sino la Parca  
y el Eterno Femenino?

En la fábrica, hilando las tiendas de mis hombres,

la gran diosa, hilando, dando su virtud y su maleficio.  
La madre, amante, conoce si el mundo se salva por su mano.  
Quédate Rolando, no me abandones.

Ciudad de algodones blancos  
en mi rojo carruaje me acompañas.  
Centro de un infierno comprendido,  
nicho de oraciones inmundas,  
te deslizas en mis venas,  
dándome este frío que me mata.  
Angeles con tierra en las manos,  
¡qué caras pasean por tus parques!  
Rostros de noche sin dormir me hablan.  
Me miran, su flacidez me espanta.  
Ciudad de algodones blancos  
en mi rojo carruaje me acompañas.  
¡Qué extraño! Conocerte por otro.  
Recibo tu carta. No es mía y es mía.  
La he recibido en un idioma ausente pero, la entenderé  
porque es mía.  
Ha llegado. Estoy sola. Es tu última carta.  
Unas horas más tarde,  
he de leerla en un idioma tan diferente al de la muerte.